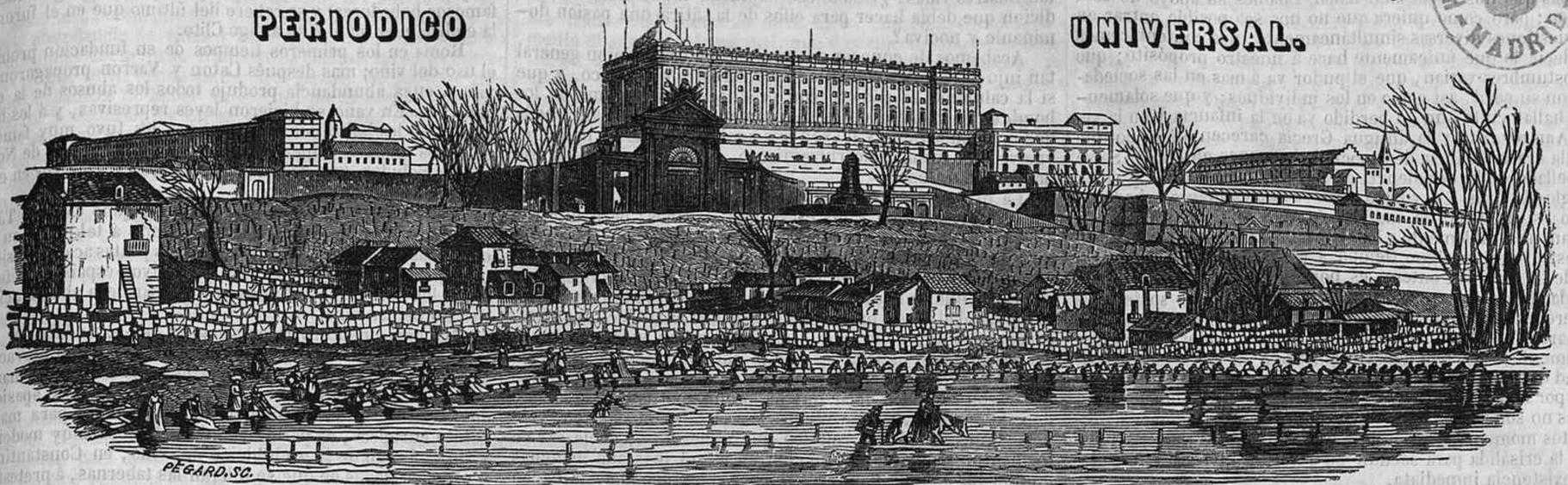


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 244.—SÁBADO 29 DE OCTUBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

LITERATURA.

DE LA SÁTIRA Y DE LOS SATÍRICOS.

Tiempo hacía que deseábamos una ocasión de decir algo acerca de la mala interpretación que se da generalmente al carácter y á la condición de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un principio de envidia, y la impotencia de crear obras modelos, ó un germen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organización, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesemos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevención: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; pero de qué don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos cualidades eminentemente generosas: en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz

las cosas y los hombres que le rodean, y para no dejarse llevar nunca de las apariencias que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes mas recónditos del corazón humano. Esto puede dársele la naturaleza; pero es forzoso además que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posición aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese mas en unas cosas que en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar mas dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir; lo uno, porque no hay verdad que mal ó inoportunamente dicha no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras además las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí sola, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser, no solo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón por qué el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna chocha al estudio. El primer satírico, de

quien rastreando en la oscuridad de los tiempos hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, mas bien que comedia, se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella producción, nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo culisimo (con relacion sin duda á los anteriores) de Augusto; y dígasenos francamente si el oscuro Pérsio, si el acre Juvenal, usando de giros mas cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de buena educación, siglo por tanto de mas hipócritas modales, amigo de giros mas mogigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial: contraigámonos al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al oraciano Horacio. Mas de un pasaje de la *Catilinaria* ó de la oracion contra Verres, la égloga entera de Alexis y Coridon, la oda burlesca á Priapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano, hubieran provocado gestos de astío y de indignación, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luis XIV, mas aproximado á ellos que nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau, tan mirado, tropezaría con mas de un improbador: es rara la comedia de Regnard y de Molière, en que no resalta



La fiesta de los difuntos en Bezas (Francia).

tan trozos, escenas enteras que ruborizan en el día cuando se repiten al *parterre* francés del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas, por mas que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinion; pero como quiera que no nos sea posible entrar en dos cuestiones diversas simultáneamente, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito; que las costumbres varían, que el pudor va á mas en las sociedades con su edad, ó como en los individuos; y que solamente se halla oculto aun, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. ARISTÓFANES y la antigua Grecia carecen de él porque aquella era la infancia de la sociedad europea entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana; y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido; si multitud de escritos de la revolucion francesa le ahogan miserablemente, los PIGAUT-LEBRUN destrozan su modesto velo por algun tiempo á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneración; pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente; marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por mas lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crisis; son solo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura, y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano; para los que no vean mayor perfeccion en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura seria por lo menos hipocresía; y si esta es como se ha dicho un *homenaje que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos bien recibidos en una época, serian silbados en otra. Y esto no solo aumenta las dificultades en nuestros días para los escritores satíricos, sino que á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdicción de la crítica. Esta es la razon por qué ya en el día no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de ARISTÓFANES y de JUVENAL. Quédate en buen hora para adornar las tablas del estante del estudioso; pero en el siglo de buena educacion, de miramientos sociales, de mútuas consideraciones que alcanzamos, necesita mas que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad si se quiere cuando le sea mas fácil enseñarnos una verdad útil poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad; si solo sus acciones públicas; si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interés general, quitémosle á la sátira toda alusion privada; arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que en ella tiene de ser mas perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distinguamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el día vencer aquellas dificultades, añadamos para acabar de desvanecer la general prevencion algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algun valor; no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algun disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin grangearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos estan por sí solos vencidos, se deducirá fácilmente que el satírico, no solo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razon, que todo se le debe; de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensacion. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruma? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condicion maligna, y no pocas veces intencion personal ó defecto de organizacion. Esto solo bastaria á disgustar el alma mas generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuera mas veces la mejor recompensa de una intencion pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeón suyo, arrostrando tantos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitaríamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos mas conocidos, y digáenos si la noble indignacion de JUVENAL contra el vicio está desmentida en su vida; si no se reconoce en la de BOILEAU; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso MOLIERE ó la del adusto ADISSON; si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el FILOSOFO DE FERNEY pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera mas fácil de contradecirse si no fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los GÓNGORAS, de CERVANTES, de QUEVEDO (por mas que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas), en la del vir-

tuoso JOVELLANOS, en la de TORNER, en la de MORATIN, en la de cuantos han cultivado con mas ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condicion que debia hacer para ellos de la sátira una pasion dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinion general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que si la calumnia se adhiere con predileccion á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la expresion de un poeta.

La otra consideracion que nos queda que hacer es en verdad mas personal á los escritores satíricos; pero una vez meditada, no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría; y que su corazon es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámale la atencion en el sol mas sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demas sino la proporcion de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la accion aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan á menudo el contento de los demas, es en él la fria impasibilidad del espejo que reproduce las figuras, no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

MOLIERE era el hombre mas triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar á MORATIN como un modelo de alegría.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos; si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demas.

Pero nuestros lectores perdonarán fácilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que solo una *pasion dominante* de crítica guia nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado; pero nunca creemos inútil hacer nuevas profesiones de fe, por mas que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos porque queremos criticar abusos; porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfeccion posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasion dominante de criticarlo todo con razon ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras: ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente como hasta aquí lo hicimos, toda cuestion personal, toda alusion impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasion en la vida privada, todo cuanto no tenga relacion con el interés general. Juzguemos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad mas malignos que nosotros.

DE LA EMBRIAGUEZ.

ARTÍCULO PRIMERO.

La inclinacion al uso de las bebidas que embriagan es un fenómeno general y constante en la especie humana; de todos los animales solo el hombre se complace en turbar su razon y buscarse este delirio pasajero. No ha existido pueblo ni nacion alguna que no haya hecho uso de bebidas espirituosas, que mencionan las mas antiguas crónicas y las tradiciones mas lejanas. El Génesis refiere que Noé plantó una viña, y bebiendo vino se embriagó: las hijas de Lot usaron tambien del vino para embriagar á su padre y cometer un incesto.

La mitología pagana señala á Baco introduciendo el uso del vino: Sileno y los Sáticos fueron sus compañeros, notables por su conducta extravagante y lasciva. En España se atribuye por los historiadores la introduccion de las viñas á Hércules después que venció al padre de los Geriones.

Muchos pueblos que han carecido de uva, como los tártaros, han hecho fermentar la leche de las yeguas, de la que extraen el principio que embriaga: otros, como los indios, fermentan los jugos de la palmera: el Egipto ha sido el país del *ron ó taffa*; y además se emplean generalmente al mismo efecto casi todas las semillas y frutos, de los que el vino, la sidra y la cerveza hacen el papel principal en el mundo, á los que se han agregado en los últimos siglos el aguardiente y sus compuestos.

Entre los antiguos se señalaron los griegos por el estremado uso de las bebidas. Los honores de la divinidad concedidos á Baco, imagen de la embriaguez, y las fiestas en su honor, llamadas bacanales libres, desenfadadas y furiosas,

fueron admitidas por todas partes. Dracon y Pitaco emplearon los medios mas violentos para reprimir la borrachera: los atenieneses tenían inspectores para contener en los convites los excesos de la bebida. Tuvo además la Grecia borrachos muy ilustres. Dionisio, Filipo y Alejandro Magno fueron famosos bebedores; y se refiere del último que en el furor de la embriaguez mató á su amigo Clito.

Roma en los primeros tiempos de su fundacion prohibió el uso del vino; mas después Caton y Varron propagaron las viñas, cuya abundancia produjo todos los abusos de la embriaguez. En vano se hicieron leyes represivas, y á los borrachos se les lanzó del senado, pues los tuvo muy famosos entre los mismos emperadores; y fué tal la pasion de Neron por las bebidas, que se mudó el nombre de *Tiberius* en el de *Biberius*.

De los antiguos germanos nos han dejado César y Tácito muy mala idea de su templanza, llegando á tal punto su afición á las bebidas espirituosas, que sus juntas acababan siempre en violentas riñas. De los primitivos españoles referen todos los escritores antiguos que á pesar de la abundancia de uva no bebían vino.

Mahoma encontró la embriaguez tan extendida por toda la Asiria, y los sectarios que le seguían eran tan borrachos, que creyó necesario prohibir enteramente el vino; mas los turcos le han sustituido el ópio, de que son muy apasionados. Una dosis de esta sustancia, que bastaria para matar á veinte europeos, es para cualquiera de ellos muy moderada; y sin embargo de la prohibicion del vino, en Constantinopla y otras ciudades en que se toleran las tabernas, á pretexto de los infieles, no dejan de acudir á ellas muchos de los verdaderos creyentes, y casi siempre salen borrachos.

La edad media presenta por todas partes el exceso de la embriaguez: la borrachera es un placer de salvajes; y cuando los bárbaros del Norte se derramaron como un torrente por toda Europa, fué tal su furor de beber, que parecia no conducirlos otro deseo que el del vino. Así se fortificó progresivamente el vicio en términos de que en París existia una asociacion de intemperantes, que celebraban sus juntas, usaban de reglamentos y ceremonias; y después en algunas universidades de Francia y de Alemania bebían los estudiantes con tanto exceso, que se daba el título de *doctores cervisiae* á los que en un cierto tiempo apuraban seis botellas sin levantarse de la mesa.

En la edad media tuvo además principio el uso de la destilacion, como lo indica la palabra *alambique*, de origen árabe, que ha proporcionado en los últimos siglos la abundancia de aguardientes y licores, de mas espíritu que las otras bebidas, y que por tanto embriagan mas pronto y son mas perjudiciales.

La Francia ha mantenido siempre en buen crédito su gusto al vino. Francisco I hizo publicar en 1546 un edicto muy severo contra los borrachos; pero ni esta ni otras providencias han bastado á contener las costumbres y el hábito ya fortificado de las bebidas fermentadas; y si á pesar de esto no es al presente la Francia el país de mas embriaguez, débese al esmero de la cultura social y delicadeza de su trato.

La cerveza y el aguardiente hacen un gran papel en los pueblos del Norte. Antes tenían vino; mas siendo muy agrio, les era forzoso mezclarle miel y otras sustancias, y al fin se abandonó; y por el contrario la cerveza ha llegado á ser uno de los primeros artículos de consumo y de esportacion por el Báltico.

La Inglaterra ofrece el ejemplo de que nada puede la civilizacion ni la cultura contra las costumbres del pueblo sojuzgadas á la bebida: es sin disputa el país donde el vicio ha llegado al estremo mas lastimoso. El pueblo bajo se aplica, como mas barato, al aguardiente y cerveza, y la clase mas elevada al vino, y como mas esquisito al de Jerez, Oporto, Burdeos ó Champaña. En las comidas esperan que las mujeres se levanten de la mesa para circular botellas, quedando así en plena libertad, y que en sus conversaciones reine una completa licencia: concluyen por lo general cuando acaba el juicio ó la razon de los convidados.

Se cuentan en Inglaterra mas de 40,000 tabernas. Por junio de 1834 hizo Mr. Buckingham en la cámara de los Comunes una espantosa pintura de las funestas consecuencias que produce en el pueblo inglés el hábito de la intemperancia y de los licores fuertes: el orador añadió que para enterarse por sí mismo de la estension de tales hábitos habia tenido la paciencia de permanecer durante un día entero en una taberna de las principales de Londres, y habia visto entrar en ella 2,800 hombres, 1,855 mujeres, y 289 muchachos: se cercioró de que el domingo el número de visitas era doble, y se informó además del propietario de aquel establecimiento que despachaba bebida cada semana á unos 269,450 hombres, 108,590 mujeres y 142,450 muchachos: pasan de 8,000 las cervecerías de Londres.

No es solo en Inglaterra donde el pueblo se entrega á esta funesta aficion, pues en el día la embriaguez es igual en Irlanda y en Escocia.

En América se encuentra la inclinacion mas desordenada á las bebidas, lo que prueba que esta pasion es propia de salvajes: la grande aficion que aquellos naturales conservan al ócio y á la desidia, los lleva al estremo en el uso de las bebidas que embriagan, y en particular al del aguardiente. En la parte septentrional los ingleses y los franceses los han acostumbrado tanto á esta bebida, que cambian por ella lo mas precioso que poseen; en el Perú son muchos los que amanecen muertos en las calles de resultados de la embriaguez, cuando perdido el sentido se quedan á dormir en ella y el hielo lo enfria. Les sucede con este vicio lo que es natural de todos, que cuando empiezan á beber no tiene término el exceso, continuando hasta que enteramente caen y quedan privados de sentido, en lo que todos los americanos son iguales sin que las distancias mas dilatadas de los países causen diferencia.

En Méjico, además del vino de Castilla, se consume el de la tierra llamado *pulque*, que es el jugo fermentado de la *pita*, al que por mas barato se entregan los naturales con mas exceso. Apenas hay barrio ni calle que no tenga su taberna pública con música de guitarra, arpas y otros instrumentos, y en las cuales, para mas atraer á los bebedores, les dan de comer de bañe, y para mas aficionarlos tienen por vendedoras las mujeres mas hermosas y limpias. A principios del

siglo último constituían las pulquerías una renta, incorporada á la real hacienda, que producía cada año por arrendamiento la enorme cantidad de 90,000 duros.

En honor de España debe confesarse que se ha conservado el hábito de la temperancia, heredado de los antiguos, virtud tanto mas recomendable, cuanto que siempre España ha tenido abundancia de viñas y los mejores vinos del mundo: así que no se encuentran en nuestros códigos las leyes represivas de que están llenos los de otros países. No por esto dejan los españoles de beber vino, y no pocos con exceso. Los navarros y vizcainos llevan en el beber la preferencia sobre los de las otras provincias. El vino del país, llamado *chacoli*, que se produce en abundancia, y lo mismo el que hacen de manzanas, apenas les basta para el consumo de la mitad del año, proveyéndose los otros seis meses con el vino de Castilla, de que hacen un gran consumo; sin embargo, es muy raro encontrar entre ellos borrachos, lo que podrá atribuirse á su método en las bebidas, y sobre todo, que en general se come bien ó mejor que en las otras provincias del reino.

La Mancha, Aragón y Cataluña abundan igualmente de viñas, y sus naturales beben el vino al igual que el agua; pero no tiene en general malos resultados, lo que proviene de la calidad de la bebida, que necesita de mucho escaso para constituir un borracho, y siempre ocasiona una embriaguez tranquila: lo mismo sucede con el vino de Castilla.

En Andalucía se encuentran las mejores viñas, y se benefician los excelentes vinos de Málaga, Jerez y Sanlúcar, que se esportan para todas partes del mundo; pero tanto estos como los mas comunes del país son tan espirituosos, ó fuertes, que embriagan con facilidad; y de aquí acaso el mayor número de borrachos, en proporción de lo que en general se bebe, que no iguala á lo que en las otras provincias mencionadas.

Débase lamentar, que tanto en Andalucía como en todo el reino se experimenten desórdenes y excesos que no tienen otro principio que el abuso de las bebidas. En este mal, como en todos los que ahora se padecen, han influido las continuas guerras desde fines del último siglo, y en particular la de la usurpación de Bonaparte. Antes de esta época el aguardiente se mantenía estancado; su alto precio prevenía el abuso, y los licores apenas eran conocidos. Las costumbres, además, propendían á conservar la temperancia antigua; cualquiera hombre se creía infamado si lo vieran entrar en una taberna, y mucho mas si lo observaran borracho. Mas la licencia que traen consigo las revueltas de la guerra, la mezcla de los franceses, ingleses y demás naciones, en que la embriaguez es mas frecuente, el desestanco, ó libertad en la fabricación y venta del aguardiente, y la esquisita variedad de los licores, ha introducido por todas partes estas bebidas, como se deja ver en los multiplicados establecimientos nuevos para su venta, que se encuentran por todas las ciudades y pueblos. La mayor parte de las causas de muertes, heridas y peticiones en que se ocupan los tribunales del reino, tienen su origen en el vino, y mas particularmente en el aguardiente y sus compuestos: de aquí también las enfermedades que acaban con la vida de muchos, la ruina de otras familias por el abandono que atrae el vicio, la inmoralidad en fin y demás desórdenes consiguientes á las borracheras continuas.

Sin embargo, todavía en España no puede considerarse el vicio de la embriaguez como dominante; y respecto de las otras naciones, podemos mantener la opinión de temperantes. Mas por lo mismo que el mal no ha adquirido todavía toda su estension y progreso, y pues que sus principios ocasionan tan fatales sucesos, toca al gobierno salirle al encuentro, si no para extinguir el vicio, al menos contener sus adelantos, adoptando á este fin las medidas que se estimen mas conducentes. Discurriendo mas todavía sobre esta enfermedad de la especie humana, en el artículo segundo indicamos algunos remedios.

ARTICULO II.

No pudiéramos reprobar, sin la nota de rigoristas, el uso del vino y demás bebidas fermentadas en toda ocasion y en cualquiera cantidad. Entre la moral relajada de Epicuro y la mas estrecha de Pitágoras hay un medio que conviene seguir. Podrán usarse tales bebidas cuando la conservación de la salud lo exige, ó para sobrellevar mejor los trabajos fuertes del cuerpo, el rigor de la estación ó del clima; tambien producen buen efecto en una reunion de amigos ó de parientes, en cuanto basta á que la conversacion se anime, se desenvuelvan las fuerzas del espíritu, y la conchianza se estreche y estienda: un grado mas cae en el exceso; sucede lo que propiamente llamamos borrachera. Un calor excesivo sube á la cabeza, las fuerzas vitales é intelectuales se exaltan, la lengua se debilita, las ideas se confunden; se desatina, se olvida, se enfurece, ó el estupor priva de movimiento y embarga la vida. Una reunion de bebedores en este estado es siempre peligrosa, y las mas de las veces acaban en escenas sangrientas, si no se adelantan el embrutecimiento y el sueño, que los postra hasta el punto de no poder levantarse.

Tambien podrá disimularse al hombre que por un accidente extraordinario le acometa una borrachera, porque raro será el que no la haya experimentado siquiera una vez en su vida; pero no merece indulgencia el que cae frecuentemente en ella, á lo que con mas propiedad se da el nombre de embriaguez y el de borracho. Dejemos á los médicos la enumeracion de todas las enfermedades, así físicas como mentales, que son propias de este estado, y que por lo general acaban con la vida de aquellos desgraciados: dejémosles tambien notar las diferencias que en ellos ocasionan la clase de bebida, el clima, el sexo, la edad y el temperamento, y consideremos la embriaguez solo como un vicio bastante propagado en el pueblo, que le atrae males sin término.

Hasta el día no se ha mirado en España la embriaguez como un objeto de la atención del gobierno; antes parece que se le ha dejado al curso natural de las costumbres; pero cuán perjudicial sea este abandono, lo conocerá el que reflexione sobre el rápido progreso que en los últimos años ha hecho este pernicioso abuso, y toda la estension del mal que se experimenta. Se prohíbe la venta de venenos, el uso de ciertas armas, y el de varias clases de alimentos, y no se impide que por medio de las bebidas espirituosas el hombre se destruya

á sí mismo, ofenda la moral pública, y se convierta en bestia estúpida ó fiera.

Las leyes, por otra parte, parece que dispensan cierta indulgencia á los que en el furor de la embriaguez cometen sus excesos; y el gobierno, favoreciendo la industria y el libre tráfico del comercio de licores, contribuye indirectamente al aumento de un mal, que al mismo tiempo se encuentra en la necesidad de reprimir. Estas consideraciones, de interés general, nos mueven á enunciar algunas medidas que pudieran adoptarse para contener sus excesos.

Desde luego convenimos con autores muy célebres, en que no debe combatirse la embriaguez por leyes directas, porque las penas se eludirían con facilidad, ó el mal que producirían sería mucho mayor que el de la culpa que se tratara de corregir. Pero siendo la embriaguez un exceso, y un vicio que dispone á cometer verdaderos delitos, no ofrece inconveniente en que el legislador, como medida de policía, lo someta á una pena ligera en el caso de notoriedad escandalosa, como si al individuo se le encuentra ébrio en la calle ó en otro lugar público, cometa ó no desórden. Esto bastaría para que desaparecieran los frecuentes escándalos y el mal ejemplo que ocasionan en los pueblos los borrachos: la ley señalaría por este medio su desaprobacion, y los viciosos, por lo menos, aprenderían á respetar al público, ocultando su debilidad y su deshonra.

Si fuera de estos casos, de una notoriedad escandalosa, la embriaguez, aunque siempre funesta, debe considerarse en general por la ley como actos indiferentes, para no recaer en el inconveniente de las penas directas, hay personas y circunstancias en quienes debe mirarse como un delito verdadero y digno de un severo castigo. Un borracho de la clase baja del pueblo inspira compasion ó el desprecio: otro algun tanto decente se hace ya reparable: un militar en este estado ó un empleado subalterno del gobierno se haría mas notable, y el escándalo llegaría al extremo si viéramos en él á un eclesiástico ó alto funcionario del Estado. Si se agrega que estas últimas clases cometan el exceso en el ejercicio de sus respectivos ministerios, el mal se aumenta, y ni el público, ni el gobierno contendrían el sufrimiento. Una policía pues rigurosa, severa, respecto de toda clase de empleados ó agentes del gobierno, profesores de ciencias ó letras, militares y eclesiásticos; la pena de privarseles del ejercicio de la profesion, empleo, grado ó dignidad, si recayeren en este exceso, los haría á todos moderados y continentales, y se prevendrían los muchos males que en el día se experimentan por el descuido con que se deja correr la embriaguez entre los individuos de las clases espresadas.

Tenemos además como el mejor correctivo de la embriaguez esta disciplina severa de las clases elevadas. La embriaguez es un vicio contagioso, segun el adagio antiguo, *ebrii gignunt ebrios*; su remedio mas eficaz será huir de la sociedad de los bebedores, y frecuentar la de personas moderadas, y es seguro que la que no se encuentre del todo estragada, perderá su mala propension, tomando poco á poco mejores hábitos, que encontrará en el ejemplo de las clases superiores, á quienes por lo tanto conviene conservar exentas de tan abominable mancha.

Pero si á la simple embriaguez no debe imponerse pena, tampoco los delincuentes, porque en este estado cometen sus desórdenes, merecen indulgencia. La exencion de embriaguez, admitida en nuestros tribunales respecto de algunos delitos, contribuye mas que ninguna otra causa al aumento del vicio y de los crímenes. Es notable por cierto, que un vicio que en varias circunstancias se hace digno de castigo, pueda servir para excusar el de otros delitos. Los borrachos delincuentes, instruidos de esta estraña jurisprudencia, no se olvidan jamás de alegar en su defensa la exencion de embriaguez que, si bien en los mas de los casos es incierta, no dejan de justificar por la compasion y reciproca correspondencia de sus amigos; de lo cual se originan dos males, el de la impunidad del delito, y el del premio á la borrachera.

No ignoramos que esta se llama por los médicos locura parcial, ni que á veces presenta todos los efectos del delirio; pero, fuera de que esta locura en casi todos los crímenes se exagera, es siempre voluntaria, y en algunos casos se contrae ó finge, á propósito de cometer el delito. La ley comun en esta parte debería ser la misma que rige á los militares, ó la que estableció el Código penal de las Cortes, que dice: «La embriaguez voluntaria, ó cualquiera otra privacion ó alteracion de la razon de la misma clase, no serán nunca disculpa del delito que se cometa en este estado, ni por ella se disminuirá la pena respectiva.» Esperamos que esta disposicion se adopte en el nuevo Código, que al presente se prepara, si antes el gobierno, por un decreto especial, no destierra esta excepcion, que la práctica tiene generalmente aceptada.

Casos hay sin embargo, aunque muy raros, en que la embriaguez puede algun tanto disculpar al delincuente, como si se embriagó por primera vez ó interviene á su favor alguna otra particular circunstancia; pero ni aun en estos debería alterarse la disposicion general, concediéndose solo á los jueces el arbitrio de suspender la ejecucion de la sentencia, siendo de muerte, y recomendar el reo á la clemencia del soberano. Así sucedió en Inglaterra el año de 1826. Juan Curtis, jóven de 21 años, en un acceso de furor, causado por el abuso del vino, mató á un escultor célebre de Londres: el tribunal de Old Bayley lo condenó á muerte: durante la vista de su causa manifestó el reo el mas vivo arrepentimiento; todos los circunstantes, movidos á lástima, compadecían su suerte, y los mismos jurados, al paso que lo declararon reo, acordaron recomendarlo á la clemencia del rey.

(Concluirá.)

HUME.

Mr. Hume era todavía muy jóven cuando pasó á las Indias Orientales en calidad de cirujano de ejército. El conocimiento de la lengua del país, que era entonces muy raro entre los oficiales ingleses, le abrió la carrera de los adelantos y de la fortuna. Mientras duró la guerra fué intérprete del cuerpo de ejército, á que estaba unido, y por consiguiente secretario de la correspondencia oficial. En este doble carácter desplegó una actividad infatigable y una inteligencia tal en los negocios, que á poco fué nombrado asentista de vive-

res y comisionado de las remontas. A los diez años de honrosos servicios volvió á Inglaterra con una fortuna bastante considerable para obtener la mano de una jóven, hija de un comerciante, con un dote de cerca de dos millones de francos. Entonces fué cuando obtuvo los honores de la diputacion, y poco instruido todavía y con deseos del bien, fué tory y votó con los ministros. Pero un instinto poderoso de honradez y un estudio detenido de las sanas doctrinas dieron nueva direccion á sus ideas; desde entonces fué diputado independiente y no wigh, é hizo al ministerio la guerra en puntos determinados, no en masa. Presentó á la faz de la nacion todos los abusos lucrativos que eran patrimonio de la aristocracia, y los despojó en poco tiempo del beneficio de la prescripcion. Los wigh no le perdonaron esta popularidad inmensa, adquirida á costa del privilegio. Prodigaron contra él sin miramiento alguno las persecuciones y las calumnias. Con razon se ha admirado la calma imperturbable y el valor intrépido que desplegó en aquella época crítica de su vida. El talento de Mr. Hume es muy mediano; sus conocimientos reducidos; su elocucion comun, aunque vigorosa; generosa su alma; y su probidad y su desinterés á toda prueba. Entre todos los hombres parlamentarios de Inglaterra no hay uno que haya prestado al país servicios tan eminentes ni que tenga tantos títulos á su reconocimiento.

CABALLOS DEL ASIA CENTRAL.

En la parte del Asia central que circunda al rio Oxus, adquieren los caballos mucha perfeccion; aunque no precisamente por la belleza de las formas, sí la adquieren por la fuerza y el vigor.

Su alimento es muy sencillo y arreglado; yerba por la mañana, tarde y media noche; se les pone la brida una hora después de su comida, y se prefieren los alimentos secos; en ciertas épocas se les da una vez al dia ocho ó nueve libras de cebada. El vegetal mas buscado para su sustento es el *djoueri*, cuya raiz contiene mucha sustancia azucarada, y es poco aguanosa.

Un turcoman que piensa emprender una expedicion, empieza por refrescar su caballo con el mayor cuidado, es decir, que lo reduce á un estado de delgadez determinado con mucha precision: abstencion continuada y carreras. Si llevado el caballo al agua después de este régimen, bebe en abundancia, es señal de que aun está muy gordo: nuevos ayunos y galopes sobre galopes, hasta que esté el animal en el estado que se desea.

Los habitantes acostumbran sus caballos, cuando estan acalorados, haciéndoles después agitarse con el mayor vigor. Atribuyen á este ejercicio la firmeza de la carne de sus monturas y su estraordinaria fortaleza; y en efecto, parece cierto que se le pueden hacer andar á un caballo distancias de mas de doscientas leguas en siete y aun en seis dias.

La reputacion de los caballos inmediatos al Oxus era ya conocida desde el tiempo de Alejandro, y las tradiciones demuestran, al parecer, que se ha cruzado esta casta con la de los caballos de Arabia.

EL SABLE DE ALY.

Aly fué el cuarto sucesor de Mahoma, é individuo como él de la familia de Hachen. A los once años fué adoptado por aquel conquistador; y cuando este empezó á declarar su mision divina, su mujer fué la primera que abrazó la nueva fé, y Aly fué el segundo.

El vigor y la fuerza de su brazo fueron el mas firme apoyo del profeta, que le recompensó con la mano de Fatima, su hija predilecta.

Después de dos asaltos, en que habian sido sucesivamente rechazados Aboubekr Omac y Aly, recibió de su suegro el estandarte, y se adelantó á su vez al pie de la ciudadela. «Sábete que soy Machab, le gritó uno de los jefes enemigos; soy conocido en todo el Kaibak, y tan hábil y diestro en las armas, que nadie ha podido resistirme.—Yo, responde Aly, soy el que mi madre ha llamado *el leon de Dios*: mi sable siega por cientos las cabezas de mis enemigos.» Dicho esto se lanza sobre el enemigo, le rechaza y toma la ciudad.

Cuando siendo mas tarde califa combatia en Sanin contra Moavia y los sirios, el año 37 de la egira, no habian podido decidir la lucha noventa combates dados en ciento diez dias, ni la pérdida de noventa mil hombres: entonces se le vió en la batalla que precedió al armisticio derribar por su propia mano cuatrocientos sirios, repitiendo á cada sablazo que descargaba: «¡Dios es grande!»

La efigie del sable de Aly, que tanto contribuyó á fundar la religion musulmana, se conserva estampada en las banderas otomanas y en algunas monedas. Este sable habia sido primero de Mahomet, y después pasó á manos de Aly, que le heredó, poseyéndole su familia mas de un siglo. Conquistado por los Abassides, fué hecho pedazos por un príncipe de esta dinastía; pero ha sido mirado siempre por los musulmanes como un emblema, y profesan á su efigie la mayor veneracion.

EL VERDUGO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

(Conclusion.)

Acampadas ya las tropas, y dispuestas otras precauciones necesarias á su seguridad contra un ataque repentino, el general se dirigió al castillo, del cual tomó inmediatamente posesion. En seguida mandó amarrar los brazos á toda la familia del marqués, lo mismo que á sus criados, designándoles por prision la sala del baile; después de este primer paso se estableció con su estado mayor en un aposento vecino, donde celebró un consejo acerca de las medidas que debian adoptarse en caso que la escuadra inglesa intentase algun desembarco. Por lo pronto se dispuso levantar baterias en la costa, y dirigir al mariscal Ney un correo con los partes de todo lo ocurrido.

Los españoles que se presentaron al general francés, declarándose principales fautores del levantamiento de Menda, fueron conducidos en número de doscientos á la azotea del castillo, y allí pasados por las armas. Acabada la ejecucion, mandó el general levantar tantas horcas cuantos eran los presos de la sala del baile, sin descuidarse de prevenir al verdugo.

Victor, á quien traspasaban el corazon estas órdenes sangrientas, se aprovechó de la dilacion que los aprestos ocasionaron para volar al consuelo de los prisioneros. Después de un corto instante que pasó con ellos, se presentó al general y le dijo con voz cortada por mil suspiros:

—Mi general, caiga sobre mí la responsabilidad del atrevimiento que me tomo, implorando una gracia para esos desgraciados.

—¿Usted, caballero oficial? ¿Usted? preguntó el jefe con amarga sonrisa.

—Es un favor bien triste y bien fácil de conceder, general. Informados del género de suplicio á que se les destina, piden que se modifique, disponiendo que á los que sean nobles se les corte la cabeza.

—Concedido.

—El marqués pide tambien que se le concedan los auxilios de la religion; y además bajo palabra de honor de no intentar ningun medio para evadirse, exige que tanto á él como á su familia se les desaten las ligaduras que los oprimen.

—Muy bien; pero Vd. responderá de las consecuencias. ¿Qué más quiere Vd.? añadió con severidad, viendo que Victor no se retiraba.

—El marqués ofrece á V. E. todos sus bienes, con tal que no se quite la vida al más jóven de sus hijos.

—¡Gran esfuerzo de generosidad, cuando todas sus propiedades estan á disposicion del rey José! Pero en fin, continuó después de reflexionar breves instantes, al paso que sus facciones presentaban toda la expresion de un triunfo feroz y salvaje, ya veo que el marqués tiene empeño en que se le conceda esa gracia, y estoy dispuesto á hacer por él mas de lo que solicita. En sus manos está el evitar que se borre su nombre; y pues desea que exista uno de su raza, existirá para perpetuarla como un eterno testimonio de su traicion y de su castigo: pero solo yo he de fijar el precio de esta merced. Escuche Vd. bien mis palabras. Permitiré que goce todas sus riquezas, después de conservar la vida á aquel de sus hijos que quiera servir de verdugo en el suplicio que se prepara para su familia. Adios. Haga Vd. saber al marqués este convenio, y que jamás oiga yo volver á hablar ni de él ni de los suyos. Al acabar estas palabras, pasó á otra habitacion del castillo, donde los jefes le aguardaban para comer, y dejó á Victor anonadado.

Los oficiales se sentaron á la mesa, deseosos de satisfacer un apetito provocado por una larga y penosa marcha; pero



Cementerio del Padre Lachaise.

aquellas infelices víctimas de la barbarie del general G., y entró con lentos pasos en la sala, donde el marqués, su esposa y sus hijos se hallaban sentados y oprimidos con fuertes ligaduras. Los criados, en número de ocho, estaban de pié, amarrados de dos en dos, mudos, inmóviles, dirigiendo á sus amos tristes miradas, y mostrando en sus semblantes el esfuerzo y la resignacion, virtudes de que tenían delante tan nobles ejemplos.

Estremeciése Victor al contemplar aquel triste espectáculo. Aquella sala que era su prision, habia sido poco antes testigo de sus fiestas y placeres; y aquellos ricos y brillantes

lentos de lágrimas, de angustia y de indignacion.

—Este es el pago de haberlos salvado de una muerte cierta. ¿Estais satisfecho? dijo la bella jóven, mientras el oficial inclinado hacia ella desataba las cuerdas que sujetaban sus brazos, que parecian modelados por un estatuario. La emocion impidió á Victor contestar, y deseando á toda costa evitar las inquietas y ardientes miradas que Clara le dirigia, volvió su rostro al lado en que estaban los demás individuos de la familia del marqués. El mayor de sus hijos, Juanito, tenia treinta años; era de corta talla y mal configurada persona; pero estos defectos se veian en él eclipsados por una dignidad verdaderamente española, heróica, desdeñosa, en medio de la cual brillaba toda la energía, todo el valor que caracterizaba á su nacion. Felipe, el segundo, acababa de cumplir veinte años, y era un perfecto retrato de Clara; el menor, que tenia por nombre Rafael, solo contaba ocho años; era un niño dócil y tímido, en cuyas facciones se notaba impresa la imagen de la paciencia y de la resignacion. El rostro venerable del marqués, sombreado de blancos cabellos, ofrecia al artista un estudio digno del pincel de Murillo. Al pasar el triste Victor sus melancólicas miradas sobre aquel grupo interesante y patético, no encontraba palabras para hacerles saber la determinacion del general. Vencido al fin por la viva solicitud é impaciencia de Clara, declaró á esta la horrible verdad.

Un color cadavérico reemplazó á las brillantes rosas en las mejillas de la jóven; pero luchando en su interior contra la violencia de terribles sensaciones, consiguió vencerlas y aparecer serena. Adelantóse con tranquilidad hacia el marqués, y arrojóse á su lado, rodeada de toda la familia que apenas respiraba por oír las palabras que iban á salir de su boca, le dijo:

—¡Padre mio! amado padre mio! Yo os suplico que hagais jurar á Juanito, por la esperanza que tiene de alcanzar la gloria eterna, que ejecutará vuestros mandatos, sean cuales fueren, y de este modo podremos ser dichosos.

Su madre temblando de alegría y de esperanza, se acercó á Clara para oír mejor lo que esta decia al oído del marqués, lo que oyó por desgracia, y lanzando un grito lastimoso, cayó á tierra sin sentido.

Juanito tambien comprendió algo del horrible misterio, porque en el mismo instante agitó todo su cuerpo una rabia convulsiva, y sus labios se movieron para murmurar una imprecacion contra el mónstruo que así degradaba la naturaleza humana.

Victor mandó que se retirasen los soldados, lo que hicieron llevando á los infelices criados, quienes una hora después fueron entregados al verdugo, y recibieron en la horca el premio de una fidelidad nunca desmentida hacia sus amos.



El dia de difuntos.



El dia de difuntos.

Victor solo pensó en la desgracia que le habia ocurrido con los prisioneros; y al considerar que él era la causa principal de sus males, pues que su pronta llegada al cuartel general después de la aciaga noche en que Clara lo salvó, hizo que se apresurasen los preparativos contra Menda antes que la familia del marqués tuviese lugar de ponerse en salvo, se desconsolaba amargamente y maldecía su estrella que le habia preservado del desastroso fin que cupo á los soldados de su destacamento. Reunió sin embargo todo su valor para presentarse á

tapices que adornaban las paredes, tornaban irrisorio contraste con el cruel suplicio que estaba reservado á las personas para cuyo fausto y magnificencia se colocaron allí.

Al momento dió orden á los soldados de la guardia de que cortasen las cuerdas que sujetaban sus brazos, y él mismo desató las que oprimian á Clara, sin que en aquel triste momento pudiese dejar de admirar los encantos de la hermosa española, así como su delgadísima cintura, su trenzado cabello negro, y sus largas pestañas, que velaban unos ojos de fuego

El marqués se levantó, y con voz solemne llamó á su hijo Juanito. Este, conociendo la intencion de su padre, no pudo responder; los sollozos embargaron sus palabras, y solo indicó con un gesto significativo su negativa absoluta.

Clara fué á sentarse sobre las rodillas de su hermano, ciñó su cuerpo con uno de sus brazos, y separando el pelo que le caia sobre los ojos, le dió un beso en la frente.

—Vamos, hermano mio, mi querido Juanito, le dijo cariñosamente, valor! ¡un poco de valor! ¡Si supieras cuán dulce

me será la muerte recibida de tu mano! Y qué consentirás que me toque el verdugo! No; tú solo, tú darás fin á los tormentos de mi desdichada existencia, y de este modo anublaremos el triunfo de nuestros enemigos.

—Es preciso que seas hombre, hermano, le añadió Felipe: ármate de noble orgullo, y que nunca se diga que por tí se ha estinguido nuestro glorioso nombre.

En aquel momento todos hicieron lugar al marqués que se adelantó con calma y majestad: puso las manos abiertas sobre la cabeza de su hijo, y pronunció estas palabras:

—Hijo mio! es mi voluntad: la voluntad de un padre: yo te lo mando.

Juanito permaneció inmóvil. El marqués, su esposa y sus hijos se arrodillaron á sus piés tendiendo los brazos hácia el infeliz que á costa de un enorme sacrificio podría salvar su ilustre nombre de olvido.

—Acuérdate de que eres hijo mio, exclamó el primero: haz ver á esos infames que por tus venas circula sangre española, y que conozcan por tu grande esfuerzo la magnánima resolución y los verdaderos sentimientos que animan á la nación entera. No permitas que mis súplicas sean vanas, ni alegues un dolor inútil, cuando las almas necesitan fortalecerse con heroicos recuerdos. ¿Qué son los tormentos de tu corazón comparados con el honor de tu familia que debes conservar ileso y puro? ¿Dudas acaso de que yo no ofreciese por tí mi blanca cabeza? Vive pues por mí, por tu madre, por tus hermanos; sacrifica tu reposo por el lustre de nuestro nombre, y no permitas que una mano infame se pose sobre mí... ¿Es este nuestro hijo, señora? añadió levantándose indignado, en tanto que Juanito, con los ojos fijos en el suelo, y el rostro demudado y sombrío, se mantenía inmóvil en un asiento, semejante mas bien á una estatua de mármol que á un ser viviente.

—Ya cede, ya cede! gritó la madre con acento de triunfo y de desesperacion. Aquella infeliz habia notado un ligero movimiento que ella sola era capaz de interpretar como una prueba de la cruel obediencia de su hijo.

El limosnero del castillo compareció, y al momento se vió rodeado de toda la familia. Clara lo condujo adonde estaba Juanito, en tanto que Victor, no pudiendo sufrir por mas tiempo un espectáculo tan amargo, corrió á tentar el último esfuerzo con el general, cuyo mal humor se habia dulcificado considerablemente por la virtud de los deliciosos vinos que encerraban las bodegas del castillo.

Dos horas después, los principales habitantes de Menda se



La visita al cementerio del P. Lachaise.

hallaban reunidos en el teatro de Menda, por orden del general, á fin de presenciar el suplicio de la familia del marqués de Leganés. Los desgraciados que la componian se veian ya colocados enfrente de la línea de horcas, pendientes de las cuales se balanceaban los cuerpos de sus criados. Una numerosa guardia cercaba por todas partes la azotea, y servia al mismo tiempo para contener á la multitud:

á distancia de treinta pasos se levantaba un tajo; encima de él habia una hacha, y para que nada faltase á tan repugnante cuadro, detrás de él se hallaba el verdugo, pronto á cumplir su ministerio, en caso de que Juanito no ocupase su lugar.

El profundo silencio y compostura que reinaba en el terraplen solo fué interrumpido por el mesurado paso regular de la tropa, por el ruido de sus armas, y por las intempestivas é indecorosas carcajadas de los oficiales escitados por el vino y los licores. Del mismo modo en aquella noche fatal, causa de todas las desgracias, el estruendo del baile y los sonidos de la música se mezcaban á los lamentos de la guarnicion asesinada. Todas las miradas se fijaron en los desdichados que iban á perecer, los cuales á escepcion de uno solo avanzaron con paso firme y ánimo sereno al lugar de la ejecucion. El desventurado Juanito, con aspecto frio y re-ignado, pálido, cadavrico, estaba apoyado en el hombro del limosnero, que se esforzaba en a entarle á vivir, valiéndose al efecto de todos los argumentos que la religion le inspiraba. El marqués, su esposa y sus cuatro hijos se arrodillaron á corta distancia del ajo, y Juanito conducido por el sacerdote se adelantó vacilando: el verdugo le dirigió á gunas pa abras, que tal vez contenian instrucciones relat vas al cumplimiento de su terrible oficio. El confesor quiso colocar las víctimas de modo que solo viesan la parte que no podia ocultárseles de aquellos funestos preparativos; pero eran español es, y no manifestaron el menor síntoma de desaliento.

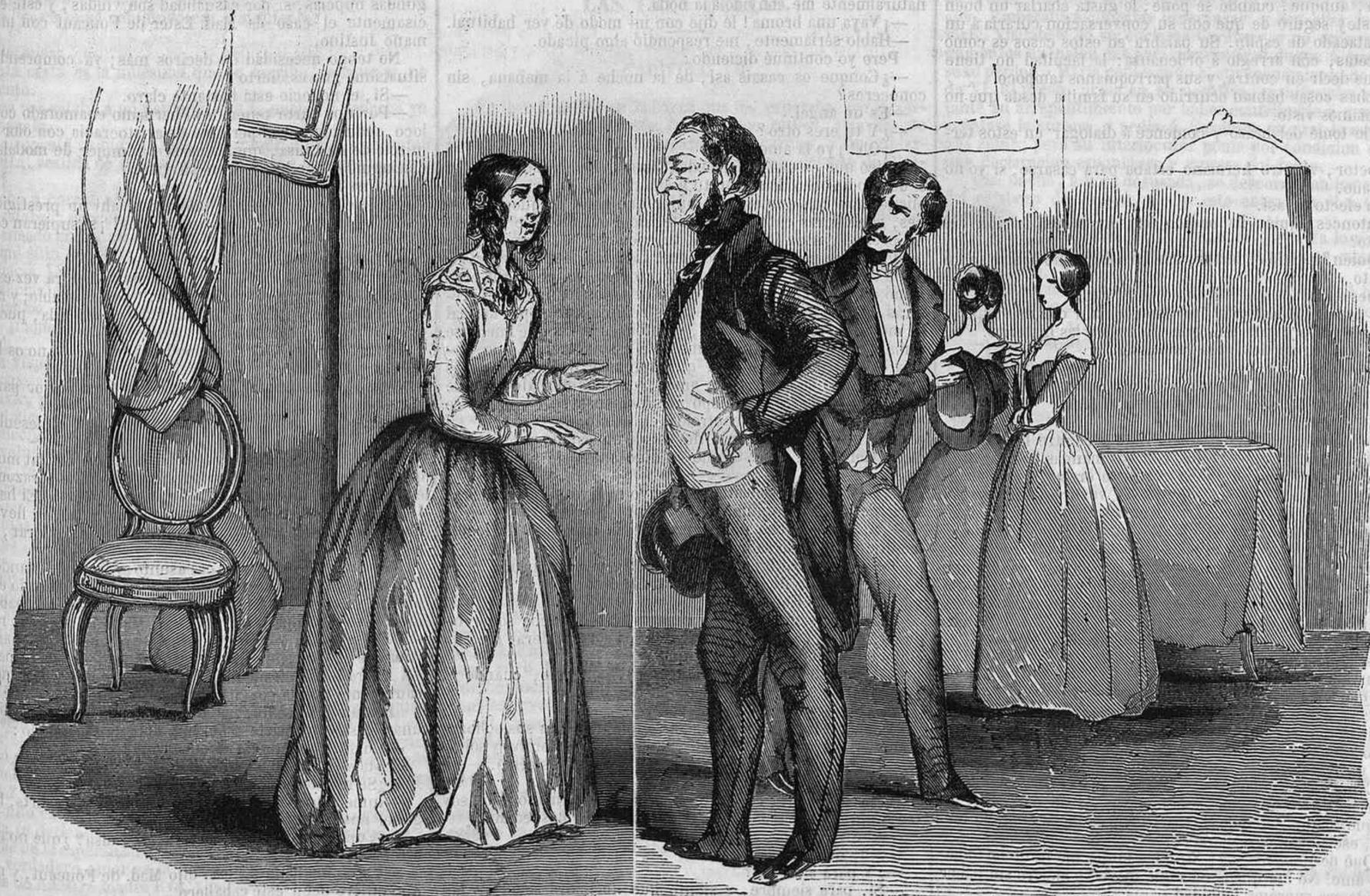
Clara entonces habló á su hermano.

—Soy una débil mujer, le dijo: ten piedad de mí... me falta el valor que quisiera tener... sea pues yo la primera. Diciendo así, se arrodilló, inclinó la cabeza sobre el tajo, y esperó el golpe. Victor apareció al mismo tiempo en el terraplen, y gritó desfavorido:

—Clara, hermosa Clara, estais libre: el general os concede la vida, si prometeis ser mia.

La heroica española contestó con una mirada de desprecio: ¡miserab el habeis causado la desgracia de mi familia; sois un enemigo de mi patria, y estas dos barreras os separan de mí. Os he amado, y voy á espirar en el suplicio mi criminal pasion; crimina, si; porque sin este amor, vos, Victor, hubiérais perecido la noche del levantamiento de Menda, y mis padres y mis hermanos no se verian en este triste trance. Hiere, hermano mio, hiere. ¿Qué aguardas?... Y su cabeza rodó hasta los piés del oficial.

Al ruido sordo que hizo el hacha al caer, la pobre madre se



Contribuciones indirectas.—Se trata de una familia muy desgraciada, y conociendo el generoso corazón de Vd., no he vacilado en ponerle en lista por media onza.

sintió agitada de movimientos convulsivos. Esta fué la única señal de debilidad que manifestó antes de espirar...

—Estoy bien así, Juanito, dijo el valiente Felipe. Juanito sin responderle terminó su agonía. Detrás de Felipe pereció el inocente Rafael.

—Lloras, Margarita?—La voz de Juanito al pronunciar estas palabras, parecía salir de un sepulcro.

—Por tí lloro, por tí, amado Juanito. ¡Cuán desdichado vas á ser en este mundo! Acaba de una vez!...

—El marqués se adelantó en seguida. Su elevada estatura, su rostro noble é imponente inspiraban respeto y amor. Fijó primero sus ojos en aquel suelo inundado de la sangre de sus hijos; abriólos después hacia el cielo, y dirigiéndolos luego á la multitud dijo con voz segura y pausada: españoles que me escucháis, sed testigos de la bendición que doy á mi muy querido hijo en mis últimos instantes; quiera Dios que repose eternamente sobre su cabeza. El sitio que ocupa, infame para otros, es para él el del honor, el que le ha impuesto una obligación sagrada; así lo declaro en nombre de Dios á la hora de mi muerte... Y ahora, marqués de Leganés, hiere sin temor porque tus manos están puras.

Cuando Juanito vió acercarse á su madre sostenida por el limosnero, no fué ya dueño de sí mismo. Abandonóle enteramente su anterior firmeza y exclamó con desesperada agonía:

—¡Mi madre también! ¡la sangre de mi madre! ¡Oh Dios! ¡esto es demasiado!

Un grito general de horror salió de la multitud, y aquel grito impuso silencio á los brindis de la orgía que se celebraba en el castillo.

Viendo la marquesa que la fortaleza y el valor de su hijo no habían podido resistir á una prueba tan atroz, contempló un momento los cuerpos inanimados que yacían por el suelo, y á pesar de su edad subió sobre el parapeto del terraplen, se arrojó animosamente y desapareció en el abismo... El hacha ensangrentada cayó de las manos de Juanito; sus ojos lanzaron el fuego del delirio; arrojaron sus lívidos labios un imperceptible sollozo, y se desplomó sin conocimiento sobre las queridas víctimas que su mano acababa de inmolarse.

El marqués de Leganés, objeto de la estimación pública, y colmado de honores por su soberano, vive todavía, retirado de la corte y del bullicio del mundo, y con el corazón traspasado por el recuerdo de los infortunios de su casa. El nacimiento de un heredero viva y largamente deseado costó la vida á la virtuosa mujer que eligió para compañera de su melancolía; pero su nombre no morirá con él; el sacrificio de su felicidad no fué infructuoso, y ahora puede morir sin faltar á sus deberes; puede arrojar el grave peso que aniquila su corazón; puede reunirse á los amados objetos que le esperan en un mundo mejor, y podrá decirles con el alma tranquila: Os obedecí, y vuestros votos se han cumplido: no se ha extinguido el ilustre nombre de los marqueses de Leganés.

R. G.

LOS AMORES DE JUSTINO.

Hace mucho tiempo que no había visto á mi médico de cabecera, prueba evidente de que mi salud se hallaba en buen estado.

El doctor Descourts no es lo que se puede llamar un parlanchín, aunque, cuando se pone, le gusta charlar un buen rato. Estoy seguro de que con su conversación curaría á un inglés atacado de esplen. Su palabra en estos casos es como sus recetas, con arreglo á ordenanza: la facultad no tiene nada que decir en contra, y sus parroquianos tampoco.

Muchas cosas habían ocurrido en su familia desde que no nos habíamos visto.

Yo le tomé del brazo y comencé á dialogar en estos términos:

—Doctor, vuestro hermano estaba para casarse, si yo no me engaño.

—En efecto es así.

—Entonces ¿quién ha podido impedir la realización del proyecto?

—¿Quién? repitió el doctor, mucho habría que hablar sobre el asunto.

—Pues decid.

—Es toda una historia, exclamó el doctor con un suspiro.

—Tanto mejor; ya sabéis que me gustan las historias.

—Hé aquí la anécdota, me respondió.

—Os escucho.

—Mi hermano Justino estaba soltero y quería casarse. Debo decirlos que no conocéis á mi hermano Justino.

—¿Cómo es eso?

—No, no le conocéis; le habéis visto por entre las celosías de su despacho de comerciante, con sus mangas de percalina hasta los codos, y con la pluma tras de la oreja para responderos: compra su paño cuando quiere vestirse, regatea sus diversiones consigo mismo como cuando se trata de un chaleco, y si la diversion exige algunos cuartos mas de lo que él quiere gastar, se priva de ella y se está bostezando un domingo entero; pero en último resultado se dice á sí mismo que ha ganado algo aquel día, pues ha economizado un par de duros. Al verle así habéis dicho: Buen muchacho para hacer la felicidad de una mujer; buen hombre para casado! Pues bien, os repito, amigo mio, que no conocéis á Justino.

—Está bien; pero veamos...

—Justino es un ente muy extraño.

—¿Qué decís?

—Sí: hace mucho tiempo Justino parecía apesadumbrado, y el motivo era que estaba haciendo la corte... ¿á quien diréis?

—No acierto.

—A una jorobada.

—¡Capricho singular!

—Pero la jorobada estaba enamorada de un coracero; de modo que Justino, cuando estaba á los pies de su adorado termento, exclamaba desesperado:

—¿Qué desgraciado soy! Ninguna mujer me ha dicho todavía: te amo! No me queda mas que morir, y moriré sin haber merecido esa suprema felicidad.

La jorobada se le reía en sus barbas, lo que le humillaba en sumo grado.

Y eso estaba bien hecho; pero ¿qué queréis? Su sueño era ser amado. Poseer una mujer para que le dijera cuando vol-

viera á casa cansado de su trabajo: Qué calor traes, amigo mio; deja que enjugo tu frente, y bebe este vaso de agua: ese pobre Justino no veía la dicha mas que en esto.

—Una mujer para no estar siempre solo, decía; una mujer para desahogar su corazón: no pedía otra cosa.

Y á todos los que conocía les decía: ¡Qué deseos tengo de casarme!... Buscadme una mujer!... como un pobre pide una limosna; por el amor de Dios, ni mas ni menos.

—Ya sabéis, continuó el doctor, que el matrimonio es el refugio, el hospital de todos los impotentes en la galantería. Todo el mundo, perdonadme que os hable como médico, entra aquí sin distinción: los cojos y los ciegos, los jóvenes novicios aun, ó los viejos que han abusado; de modo que el bonachon de Justino imploraba con razon el h menea.

Desgraciadamente, para agradar á las mujeres no basta ser un hombre honrado, de buenas costumbres y de sanas ideas, sino que hay que ser tambien elegante, y hay que saber echar piropos cuando la ocasion se presenta.

Ahora bien: en cuanto á elegancia, mi Justino es capaz de encajarse un frac sobre un paletó: la música amorosa la entiende como todo el mundo; pero allí donde la flauta modula con buen éxito un gracioso te amo, el saca-buche, con la misma frase, produce un efecto detestable: pues Justino es un saca-buche, amigo mio, en vez de ser una flauta. Es el mejor hombre del mundo, no quiero decir nada malo sobre él, ni tampoco quiero darme por un don Juan al lado de su insuficiencia. Por mi parte soy capaz de ponerme tres fracs sobre mi paletó, y si, como suele decirse, llegase á caer en las redes, creo que después de dar cien vueltas á mi sombrero, me quedaría plantado como un paletó sin atreverme á descubrir mi llama á la que la encendió; pero para eso, amigo mio, no salgo de mi tratado de terapéutica, no hago el Amadis, y, en una palabra, no quiero casarme; de modo que tengo derecho para burlarme de mi señor hermano, que infructuosamente hace la corte á las jorobadas del ejército francés, y que no se corrige, y que quiere casarse. ¡Ah! ¡ah! quiere casarse!

—Pero ¿qué es eso, doctor? exclamé yo entónces; ¿qué mosca os ha picado? Calmaos.

—Es que yo tengo mis ideas sobre este punto, me respondió, porque yo soy médico.

—Lo que equivale á decir escéptico.

—¡Escéptico! Así dicen todos; y ateo tambien, ¿no es cierto?

—Dios me guarde de decir tal palabra.

—Pues nada, no os incomodeis; podeis decirlo; pero caed enfermo, y vereis al médico, por repugnante, infecta y vergonzosa que sea la llaga, cómo acude á cualquiera hora del día ó de la noche, siempre con palabras de consuelo. Ahora decidme si los médicos sirven de algo en el mundo.

Yo dí un apretón de mano á mi doctor; nadie mas que yo sabía rendir justicia á su persona y á las virtudes de su profesión. Sin embargo, él continuó con su tonillo acostumbrado:

—Está bien, no hablemos mas sobre el asunto, y sigamos la historia del matrimonio de Justino.

—En efecto, eso es lo que interesa.

—Un día vino pues á buscarme á mi clínica con la noticia de que un Don Fulano amigo suyo habia por fin hallado el pájaro en el nido, esto es, una viuda de veintinueve años, llamada Ester de Foucaut, y que iba á casarse dentro de ocho dias: naturalmente me convidó á la boda.

—¡Vaya una broma! le dije con mi modo de ver habitual.

—Hablo seriamente, me respondió algo picado.

Pero yo continué diciendo:

—¿Conque os casais así, de la noche á la mañana, sin conocerlos?

—Es un ángel.

—¿Y tú eres otro?

—¡Oh! ¡yo la amo tanto!

—Veo que es una enfermedad, una apoplejía amorosa, y si dentro de ocho dias, con tu genio metódico y arreglado, te encuentras con que es una mujer que gasta lo que no tienes, ¿qué haras entónces? ¡Ester de Foucaut! ese nombre no presagia nada bueno para tu economía de comerciante modesto que principia su fortuna. Los gastos mas naturales á sus ojos, á tí te parecerán exagerados. Será un ataque continuo á tu bolsillo; será una lucha de todos los instantes; reñirás y harás mal, y luego cederás refundiando, por lo cual tu mujer no te lo agradecerá, y entónces verás qué buena se arma. Querido hermano, tomo este caso entre mil que podría elegir, y lo hago para que aprendas que no hay mas que un modo de casarse por amor, y es cuando, después de haberse tratado largo tiempo, las personas se conocen, se estiman, y tienen ya contraído el hábito de verse, á tal punto, que el matrimonio no es ya un estado nuevo para ellas. Reflexiona en esto que te digo antes de acercarte al altar.

—Mi sermón era sensato, por cuyo motivo supuse que no haría de él caso ninguno.

—Este muchacho no estaría mal en una casa de locos! me dije yo al verle salir del hospital.

Pero lo que yo ignoraba es que otra persona pensaría en lo que yo habia dicho; y esta otra persona era la hermosa viuda Ester de Foucaut.

Si conocéis un poco á las mujeres, esto no debe sorprenderos, y nada de lo que voy á contar os sorprenderá, me dijo el doctor en forma de advertencia.

—No habían pasado los ocho dias, continuó, cuando el buen Justino se arrojó desolado en mis brazos.

—¡Ah! exclamó; ya no me caso.

Yo lo habia adivinado en el aire que traía, en sus sollozos y en sus lágrimas, porque el cándido Justino lloraba y sollozaba como un hombre afligido hasta el último extremo.

—¿Cómo! ¿aquel ángel!

—¡Es horrible! ¡Ten compasión de mí, hermano mio, soy tan desgraciado! Esta mañana misma me ha despedido.

—¿Te veras?

—Muy de veras.

—¿Y para siempre?

—Sí, para siempre, y siento que no podré soportar tan duro golpe.

Justino tenía calentura; era muy serio; su dolor me conmovió verdaderamente.

Yo puedo ser escéptico, como ya me han dicho; pero lo

cierto es que no puedo ver sufrir á nadie, sea por lo que quiera, sin compadecerme profundamente.

De este modo me guardé muy bien de decirle con aire triunfante:

—Ya te lo habia advertido.

Creo que no todos habrían renunciado á esto en mi lugar. Yo dejé al doctor que continuara sin añadir palabra, y seguí atento.

—Quise consolar á mi pobre hermano, y para ello traté de proporcionarle las distracciones que estaban en mi mano. Le obligué á que me acompañara á la visita del hospital.

—No son malas vuestras distracciones, querido doctor.

—Siempre, me respondió sencillamente, he hallado yo el olvido de mis propias penas en el espectáculo de las miserias y de los dolores de otros.

Y dicho esto se quedó algunos instantes silencioso.

—Hé aquí lo que pasó, repuso.

Madama Ester de Foucaut era una de esas hermosas mujeres, cuya juventud se prolonga con la madurez, morena y con grandes ojos azules.

—Parece que vuestro hermano Justino no tenia mal gusto. —No por cierto; los ojos azules, acompañados de cabellos negros, es de lo mas selecto que se conoce en hermosura. Lo que tiene, que estas graciosas reinas suelen ser coquetas y poco sensibles; dentro de un instante podreis juzgar á esta.

¿Qué os diré para explicaros el género á que pertenecen y para llegar al instante á la parte decisiva de la historia?

Muchas mujeres como esta hay en París, y sin duda ya habreis conocido alguna de ellas. ¡Desgraciados de aquellos que las llevan al altar! Por lo regular siempre son mujeres de cierto rango, hijas de oficiales de la Legion de Honor, ó de algun funcionario público, y gastan un lujo desordenado; tienen reuniones en sus casas, donde los nobles, así como las celebridades políticas y literarias, se despojan de su carácter oficial. Nunca las tomarías por mujeres equívocas, porque se visten con esmero y no llevan jamás colores chillones. Van á misa los domingos, y murmurán con la punta de los labios al lacayo que cierra la portezuela:

—A casa, Santiago.

En una palabra, tienen todas las apariencias de las grandes damas; solo les falta la realidad. En su interior ostentan un hablar fino y unos oídos que no se espantan por un equívoco ó por un dicho alegre y gracioso.

Pero esa hermosa vida dura muy poco, y apenas principia cuando ya está acabada. En tonces, de toda aquella falsa prosperidad no quedan mas que los cachemires, los ricos encajes y la pension de retiro del último amante que acaba de casarse. Sin embargo, todavía tienen algunos atractivos; los modales que aprendieron en el roce con el señor conde, con el señor duque y con el señor marqués, tienen prestigio suficiente para fascinar á un bendito de Dios como mi hermano Justino, futuro comerciante de París.

Bien luego, esas señoras de quienes voy hablando piensan poner un establecimiento. Su último sueño es hallarse á la cabeza de una fonda, dirigiendo una mesa redonda de veinte cubiertos, donde todos los convidados á quienes sirven la sopa bien caliente con su blanca mano son otros tantos adoradores.

En estos casos es cuando las tales princesas, deseando ocupar un buen rango en la sociedad, desean contraer segundas nupcias, si por casualidad son viudas, y este es precisamente el caso de Mad. Ester de Foucaut con mi hermano Justino.

No tengo necesidad de decirlos mas; ya comprendéis la situación, ¿no es cierto?

—Sí, el negocio está bastante claro.

—Por una parte tenemos al hermano enamorado como un loco, seducido por el perfume de aristocracia con olor de almizcle de su Luisa, que le parece la mujer de modales mas distinguidos que ha visto en su vida.

—¿Una mujer de mundo!

—Eso es, una mujer de mundo; hé ahí un prestigio irresistible para los necios: ¡pobres tontos! ¡si supieran como lo sé yo lo que eso vale!

—¿Cómo es eso?

—Miradme bien, amigo mio, y llamadme otra vez escéptico! médico! En efecto, médico soy, y por eso hablo; y muchas de esa mujeres de mundo he cuidado en mi vida, puedo decirlo aquí con confianza.

—Pero doctor, no os incomodeis por eso; yo no os he mirado.

—¿No? entónces me he engañado: tanto mejor para vos, y continuemos.

—Sí, porque estoy impaciente por saber el desenlace de la historia.

—Por otra parte, tenemos pues á Mad. de Foucaut muy tranquila y desinteresada en cuanto á las cosas de corazón. Para ella el matrimonio es un negocio, y no otra cosa. El hermano Justino representa una pluma, que por la noche llevará los libros de la fonda amueblada que se trata de comprar, ni mas ni menos.

En fin, de todos modos era asunto arreglado, cuando llegó una fiesta pública, no sé por qué, y Justino, ocupado en despachar su correspondencia se hizo esperar, cuando habia prometido su brazo para asistir á ella. Mad. de Foucaut reclamó el de una amiga y prescindió del suyo, para enseñarle que jamás se debe permitir que diga una mujer: «He esperado.»

Ahora bien, en medio de la muchedumbre, Mad. de Foucaut siente que la cogen del brazo; se vuelve, ¿y qué era?

Era un joven alto, pálido, melancólico, que la dijo con una voz suave y triste como una nota de violoncelo:

—Luisa, ¿no queréis reconocerme?

Esta vez miré fijamente al doctor.

—¿Se llamaba Luisa? exclamé yo.

—Inmediatamente su amiga, respondió Descourts, le dirigió el mismo apótrofe:

—¿Luisa! ¿este caballero te llama Luisa? ¿qué nombre es ese?

—Yo no me llamo Luisa, dijo Mad. de Foucaut, y no sé lo que quiere decir este caballero.

—Pues la cosa me parece fácil de adivinar, doctor. Será alguna antigua intriga secreta. Un amante olvidado por quien se tomó ese dulce nombre: «Solo para mí serás Luisa,» todos sabemos algo de esas cosas.

—Ah! ¡sabéis eso! Pues estais engañado, y la historia es preferible á vuestras suposiciones.

—Veámos pues.
—Pero si á la primera palabra os lo dijese todo, ¿dónde estarían el interés y las peripecias de la anécdota? Escuchadme sin interrumpirme.

—Es justo, doctor, enmudezco.
—Las dos damas continuaron su paseo, y el caballero las seguía. De tiempo en tiempo se acercaba á ellas con aire respetuoso, con los ojos suplicantes como un perro de caza que quiere apaciguar la cólera de su amo, y con lágrimas en la voz murmuraba:

—Luisa, ¿no tendreis una mirada, una buena palabra para mí? Luisa, ¿habeis podido olvidar aquellos bu nos tiempos? ¿no os acordais del lago azul, y de esto y de lo otro, del banco rústico al fondo del jardín, y de la cinta de color de rosa?

Y entonces, entre la amiga y Mad. Foucaut se habia entablado en voz baja este corto coloquio:

—Pero, Ester, seguramente te conoce.
—No, no, te lo aseguro.
—¿Por qué ocultarlo á una amiga?
—Te juro que no.
—Pero esa persistencia en llamarte Luisa, en perseguirte...
—No le hagais caso.

—Mira, mira, me parece que te presenta una carta.
—Amiga mía, te digo que no comprendo una jota en el asunto; y como no he hecho nada que autorice semejante conducta, quiero poner un término á ella. Hablémosle con severidad, porque ó es un hombre que se engaña, ó es un impertinente. En todo caso esta comedia me incomoda.

Sin duda á la amiga no la incomodaba tanto, puesto que le echaba algunas miradas de reojo y observaba que sus trazas eran buenas; sin duda era un hombre bien educado, y que en aquel mismo instante llevaba la delicadeza hasta no dirigirle la palabra sino después de haberse asegurado que no podía comprometerlas á los ojos de la gente. Ciertamente no merecía una afrenta pública.

Bien luego Mad. de Ester fué de la misma opinion. Nadie como las amigas para dar buenos consejos en tales casos.

Solo quedaba en pié la cuestion de la carta.
El desconocido no abandonaba su empresa, é iba siempre con su carta adelante.

—Luisa, decia, tomad este billete, que hace tanto tiempo deseo entregaros.

Pero Mad. de Foucaut respondia á su amiga, que decentemente no podía tomar una carta de manos de una persona á quien no conocia; á lo que la amiga replicaba:

—Razon de mas; por otra parte, vamos á desaparecer al primer esquinazo para tomar un coche, de modo que la carta nos divertirá, nos reiremos con ella, y en cuanto al caballero, no dará la casualidad de que volvamos á encontrarle.

Pero, amigo mio, la casualidad es asombrosa. Aquellas dos mujeres ejecutaron maravillosamente su proyecto; huyeron con la carta; pero al bajar de su coche vieron que otro carruaje se detenía á algunos pasos de ellas.

Madama Ester de Foucaut reconoció á la persona que mandó parar al cochero; pero no juzgó á propósito el dar parte á su amiga de este descubrimiento.

Vais á preguntarme por qué; pues es porque en el coche, como se habia proyectado de antemano, se habia leído la carta á Luisa, carta cuyo contenido era el siguiente:

«Luisa:
»Esta carta es la milésima que te escribo, porque ya no las cuento.

»Una vez estaba á mi ventana, era de noche, y pensaba yo en lo pasado.

»De repente se me aparece una mujer... ¡Dios clemente! ¡vestida de blanco, como la noche de nuestra despedida!

»Eché á correr afuera; ¡ay! la calle estaba desierta; tú ya no estabas; pregunté, corri... ¡todo fué inútil!

»Cansado en fin de esta persecucion, volví á sentarme en el mismo sitio donde te habia visto, y sentí que mi corazón se deshacia. Una esperanza inexplicable me penetró, y aspiré con delicias aquel soplo embalsamado que habia acariciado tus cabellos. Todas las cosas me parecian nuevas, rejuvenecidas; ¡momento admirable, Luisa, pero tambien muy doloroso!

»La víspera de aquella noche esperaba risueño la muerte, la esperaba con ansia; pero desde aquel instante he querido vivir, y he vivido.

»La víspera tenia aun sueños horribles; temia estar solo en mi alcoba: ahora deseo la noche, me acuerdo con una esperanza voluptuosa, espero, y casi nunca me engaño; te vuelvo á hallar, te sigo mientras dura la noche; solo por la mañana desapareces, dejándome embriagado con el perfume de tus cabellos destrenzados.

»Adios: no, adios no, porque no me abandonas; hasta luego.»

—Pero, doctor! exclamé yo sorprendido de aquella memoria.
—Dejadme seguir, luego podreis preguntarme.

La amiga de la futura de mi señor hermano se rió mucho con estas cosas.

Ester de Foucaut, de naturaleza mas sentimental, se quedó meditando, por el contrario, diciéndose que al cabo y al fin un jóven buen mozo que escribia en aquel estilo, debia tener mucha poesia en el alma, y que no se le debia despreciar como á un cualquiera. Y haciendo estas reflexiones, sin pensar en aquel nombre de Luisa á quien se dirigia la carta, se forjó una novela entera, cuya heroina era ella. ¡Ser amada de aquel modo! ¡qué dulzura! ¡Quién la habia amado así en su vida?

Asunto es este de serias reflexiones, en que la mente femenina se detiene gustosa para perderse al punto en las perspectivas de la esperanza.

El verdadero amor es la piedra filosofal para las descendientes de nuestra madre Eva, y por muchas decepciones que hayan experimentado, no hay ninguna de esas alquimistas que no se halle dispuesta, á la menor esperanza, á intentar nuevamente la esperiencia.

—Debo advertir aquí, mi querido amigo, interrumpió el

doctor, que yo no salgo garante de la exactitud de los razonamientos de Mad. Foucaut.

—Ya me lo presumo.
—Sin embargo, digo que tal debe ser su sentido.

—¿Y cómo decís eso?
—Por lo que sabeis; porque en mi calidad de médico he estudiado el temperamento de las mujeres.

—Sigamos adelante.
El doctor continuó en estos términos:

—Por esto podreis juzgar del efecto de la correspondencia del pobre Justino.—«Muy señora mia: he recibido la suya de fecha tantos...» con las abreviaturas que se usan en las cartas del comercio. Su última epístola, llena de ternura, hablabá además de un regalo de boda, enumerando los objetos con sus precios, como quien estiene una factura; ahora podéis juzgar del efecto de la comparacion entre las dos cartas.

Quando fué por la noche á disculparse de que habia llegado tarde por la mañana, con la cara redonda y rebosando salud, después de la aparicion del elegante y pálido desconocido, el pobre quedó muy mal parado.

¡Ah! desde aquella noche entró en el corazón de Justino el amargo desengaño. A la otra mañana me vió y evitó mi encuentro, pues sin duda el infeliz habia sufrido algun golpe muy duro.

El desconocido misterioso que sabia las señas de la casa de la señora, se fué desde el alba á pasear debajo de sus ventanas. Estoy seguro que espianaban su llegada por las cortinillas; bien luego bajó la doncella; el enamorado la habia podido ver al balcon ocupada en los quehaceres de la casa: así que la reconoció, se fué á ella, y la dijo con presteza:

—¿Eres tú la doncella de Luisa?
La criada respondió:

—No señor, yo sirvo á Mad. de Foucaut.
Pero como el otro tenia su manía, añadió al punto:

—¡Ah! está casada!
Y luego añadió:

—Foucaut, sí, Foucaut, eso es; Luisa de Foucaut, ¿no es cierto?

Y como estrechaba vigorosamente el brazo de la muchacha, y como era muy temprano y la calle estaba desierta, la doncella confesó todo lo que él quiso que confesara.

—¡Luisa! ¡ella es! ya lo sabia yo; entonces tengo que verla: entréjala este papel para que me reciba. Espero la respuesta.

La doncella tomó el billete, y soltándose del apretón de aquel furioso se precipitó, no sin cerrar la puerta, dentro de la casa, donde, sofocada todavía y sin aliento, fué á contárselo todo á su ama.

En este momento hizo una pausa el doctor.

—¿Os deteneis?
—Sí, puedo detenerme aquí: la suspension no me parece mala, y ahora tendré tiempo para contestar á vuestras interrupciones. Hace un instante me ibais á preguntar cómo es que he podido recitar tan de corrido la carta del hermoso rival de Justino, ¿no es cierto?

—En efecto, es así.

(Se continuará.)

LAS TRES REINAS.

CAPÍTULO VII.

Ya iban á entrar en la barca que les esperaba para conducirlos á la orilla opuesta, cuando una mujer, atravesando por medio de la multitud, separó á los guardias, y sin cuidarse de las maldiciones del pueblo se presentó delante de Northumberland.

—¿Me reconoces? le preguntó.

—Eres Gunnor Braose, contestó el duque estremeciéndose.

—Sí, la que alimentó con sus pechos al duque de Somerset, al gran protector, á quien hiciste morir hace nueve meses. Por tus intrigas fué encerrado en esa torre, de la cual sales ahora. Desde ella fué llevado á Westminster-Hall, como ahora te llevan, y allí fué sentenciado; pero su memoria va á deponer contra tí, y tambien te sentenciarán. Tiembla, miserable! En Westminster-Hall te espera el castigo que mereces. Tu víctima descansa hoy en la capilla de San Pedro... Dentro de pocos dias estarás junto á tu víctima.

—Fuera de aquí, mujer! gritó con ira á la vieja el jefe de la escolta.

—Hablaré, aunque tenga que morir después de haber hablado. Mira, mira, Northumberland, añadió sacando un pañuelo ensangrentado, este lienzo, empapado en la sangre de Somerset, grita venganza contra tí. Por eso vas á comparecer ante tus jueces; por eso vas á perecer en el cadalso: sí, sí... en el cadalso... en el cadalso!

—Apartad á esa furia, volvió á decir el jefe.

—A la muerte, á la muerte! vociferaba la vieja entre los brazos de los soldados, que la arrastraban, procurando, aunque en vano, ahogar sus feroces alaridos.

La comision encargada del proceso se componia de cincuenta y cuatro individuos bajo la presidencia del duque de Norfolk. Entre ellos figuraban Arundel, Pembroke, Shrawsbury, Rich, Huntingdon, Darey etc., cómplices poco antes de Northumberland, ahora sus jueces, y siempre enemigos personales suyos.

Al presentarse el duque en la barra, se inclinó, y el tribunal le devolvió el saludo.

Después de la lectura del acta de acusacion, se espresó así:

—Señores, el acto de que se me acusa es de aquellos cuya existencia no puede negarse, y que no dan lugar á que se espere su perdón. Así pues no intentaré mi defensa; pero quisiera conocer la opinion del tribunal sobre dos puntos esenciales.

—Hablad, le dijo el presidente.

—Pregunto pues, si un acto, llevado á efecto en virtud de órdenes del soberano y de su consejo, puede considerarse como crimen de alta traicion.

—Sin la menor duda, respondió Norfolk, supuesto que el

sello que cubria esas órdenes no era el de la reina legítima, sino el de una usurpadora.

—Vamos al segundo punto, repuso Northumberland. ¿Es conveniente, es equitativo que se me den por jueces hombres tan culpables como yo, ó mejor dicho, hombres cuyas instrucciones he obedecido?

—Suponiendo que otros sean tan culpables como Vuestra Gracia, replicó Norfolk, mientras no sean llamados aquí como presuntos reos, tienen el derecho de sentarse en este tribunal como jueces, á no ser que la reina disponga lo contrario.

—Perfectamente, respondió Northumberland: ya veo que es inútil llevar mas adelante mis preguntas. Voy únicamente á presentar cuatro peticiones, porque conozco que estoy sentenciado á muerte.

—Así es, murmuró el presidente.

—Gracias: pido que mi suplicio sea el que corresponde á un noble y no otro alguno; pido que la reina sea indulgente con mis hijos, cuyos servicios podrán tal vez serle útiles, pues no han obrado por sí mismos, sino por la influencia de su padre...

—No pidais gracia para mí, milord, le interrumpió con altanería el conde de Warwick: rechazo el perdón de María, pues mas quiero morir que reconocerla por mi soberana. He obrado impulsado por mi propia voluntad, y volveria á hacerlo mil veces si pudiera.

—¡Hijo desventurado! Te pierdes... exclamó Northumberland.

—Proseguid, milord, dijo el presidente enternecido: las indiscretas palabras de vuestro hijo no pesarán en vuestra balanza.

—Pido en tercer lugar que me asista un sacerdote ilustrado, capaz de tranquilizar mi conciencia. Por último, deseo que se me envíen dos miembros del consejo privado, á quienes revelaré cosas interesantes al Estado y á S. M. Ya no me queda mas que rogaros que me tengais presente en vuestras oraciones.

—Contad con ellas, milord, y con que espondremos á la reina los deseos de Vuestra Gracia.

—Interponed vuestra influencia tambien en favor de la desventurada Juana, que como saben muchos individuos de este tribunal, lejos de aspirar á la corona, solo ha cedido, al aceptarla, al empeño y á las importunidades de los que la rodeaban.

La misma sentencia de muerte recayó contra el marqués de Northampton y contra el conde de Warwick. Este se sonrió con desprecio al escucharla y dijo:

—Os doy las gracias, señores; y como todos los bienes de los condenados á muerte se confiscan en beneficio del erario, solo imploro de S. M. la gracia de que pague mis deudas.

A la salida de los presos, se levantó en medio de la multitud reunida delante de Westminster-Hall una voz muy conocida de Northumberland, quien no pudo menos de estremecerse.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? gritaba Gunnor Braose: el gentleman ha vuelto hacia ellos el filo del hacha. Estan sentenciados á muerte!... Morirá el asesino de mi querido hijo Seymour!... Alabado sea el nombre del Señor!

II.

Aunque la sentencia de Northumberland databa ya de muchos dias, ninguna orden se habia dado respecto á su ejecucion. Empezaba á concebir esperanzas, y con ellas deseos de vivir. Visitábale en su encierro Gardiner, y no escaseaba argumentos ni instancias para persuadir al duque á que pidiese su perdón á María confesando el envenenamiento de Eduardo VI. El preso, firme en su negativa, manifestaba no obstante su arrepentimiento por haber contribuido á que Juana aceptase la corona, y pedía á Gardiner que así lo espusiese á la reina; pero su interlocutor ponía por condicion espresa una declaracion espontánea y espresa del delito.

Una noche, á hora desusada, se descorrieron los cerrojos del calabozo del duque, y vió este entrar en él á Gunnor Braose.

—¿Qué vienes á buscar? le preguntó. ¡Ah! Ya lo sé: quieres recrearte con mis angustias... Pues bien; ya estás satisfecha... vete.

—Vengo con esa intencion y con otra, respondió la vieja: por extraño, por inverosímil que pueda parecerse, lo cierto es que vengo á salvarte.

—¿A salvarme!... ¿De qué modo?... Pero no: tú quieres acabar mi corta existencia... Retírate, criatura maldita.

—Escúchame, Northumberland: mi sed de venganza está ya casi satisfecha, y estará mas si haces lo que voy á decirte. Yo te he acusado como asesino del rey Eduardo; pero no hay mas pruebas contra tí que mis palabras. Pues bien: si declaras que propinaste al rey la fatal bebida que le llevó al sepulcro, haré que la reina te haga gracia de la vida: si te niegas á ello, morirás, y moriré yo como cómplice tuya. El tribunal te ha sentenciado; pero declara tu delito, pide perdón á la reina, y la reina te salvará. De lo contrario, prepárate á morir.

—¿Y cómo sabes lo que me anunciáis?

—Poco te importa: he cumplido mi comision... Estoy contenta por haber visto la miseria del orgulloso Northumberland. ¿Qué mas quiero?

—De modo que si acepto...

—Si aceptas...

—Mujer, desconfio de tí.

—Me alegro; de ese modo quedará cumplida hasta el fin mi venganza. Adios, milord: volverás á verme desde el cadalso.

—Detente, vieja infernal; puede suceder que no me engañes.

—Y al cabo ¿de qué se trata? ¿Qué es eso para tí? ¡Comprar la vida por una declaracion! Confiesa que el precio no puede ser mas moderado.

—¡Miserable!... Pero al fin, no hay mas remedio: yo quiero vivir... necesito vivir... consiento en todo.

—Pues firma este escrito, dijo la vieja desdoblado un papel.

Northumberland lo leyó: era una súplica de perdón dirigida á la reina, y una confesion esplicita de haber envenenado al rey Eduardo VI con el objeto de coronar á Juana, para que recayese en él el poder supremo.

—Esto lo ha escrito Simon Renard, dijo al punto.

—Sí, contestó Gunnor Braose.

—¿Y quién me responde de que este paso me salvará la vida?

—Yo.

—¡Oh! tú...

—Yo, yo: aun cuando estés con la cabeza sobre el tajo, no morirás. Y tan cierto es esto, que si te miento, si llegas á perecer, juro no sobrevivirte un minuto.

—Basta, repuso el duque firmando el papel.

—Venga, exclamó Gunnor con mal reprimido júbilo. Mañana será un gran día para mí. Y se retiró precipitadamente.

Al día siguiente en efecto el gobernador de la Torre de Lóndres anunció á Northumberland que la reina había firmado la orden para su suplicio, y así que se preparase á morir.

El duque, al oír esto, guardó silencio, pero quedó consternado. Solo ya en su calabozo, se entregó á una desesperación semejante á la demencia: poco después introdujo el carcelero en el encierro á Gunnor Braose y á un hombre embozado en una capa negra.

—¡Desgraciada! exclamó Northumberland al verla; me has engañado; pero sacarás muy poca ventaja de tus artificios, pues desde el cadalso declararé que se me ha tendido un lazo infame para hacerme aparecer como perjuro y asesino.

—Estás equivocado, le contestó la vieja; no merezco tus reconvencciones, y vengo á probártelo: como que te traigo la noticia de tu perdón.

—¿Será posible!

—Lo mismo que oyes.

—Pero no puedo comprender...

—¿Dudas de mis palabras?

—Me han notificado que me prepare para morir.

—Ya lo sé.

—¿Y cómo he de conciliar una cosa con otra?

—Muy fácilmente. La reina te perdona; pero quiere que subas al cadalso y que allí recibas su gracia, con tal que pronuncies algunas palabras, para que el pueblo entienda que la reconoces por legítima soberana de Inglaterra.

—¿Exige también que me declare públicamente asesino de su hermano Eduardo?

—No.

—¡Ah! ¡Si yo pudiera creerle! Pero ¿quién es ese hombre? ¿El verdugo?

—Vuestro enemigo, duque, respondió el desconocido des-
embozándose: soy Simon Renard.

—¿Y venis á insultar á un contrario vencido! gritó el duque. ¡Qué noble venganza!

—La venganza es muy dulce, repuso Renard; pero no vengo ahora á disfrutar ese placer, sino á confirmar las palabras de esta vieja. Por mucho que te aborrezca, conviene mas á mi política la confesion de tus errores que tu muerte.

—Es decir que me dais esperanzas...

—No; son seguridades.

—Lo único que deseo es vivir y consagrarme al servicio de S. M. Mi orgullo está abatido, y no puedo menos de reconocer que vuestro lenguaje es el de un enemigo generoso: espero pues que pronto quedarán terminadas nuestras disensiones.

—Mañana, replicó secamente Renard.

—Dios lo quiera: mi primer paso será postrarme á los piés de la reina para darle gracias por su clemencia; el segundo manifestaros sinceramente mi profunda gratitud y solicitar vuestra amistad.

—¡Oh! dijo Renard impaciente, mi amistad es mas temible que mi odio.

—En cuanto á ti, Gunnor, si hay algun medio de reparar el mal que te he hecho...

—¡Ah! exclamó la vieja con irritado acento, ¿eres capaz de hacer que Seymour vuelva á la vida?

—Puedo al menos espiar...

—¡Espiar ese abominable asesinato! ¡Oh! Si... sí... lo espiareis... lo espiareis sin la menor duda...

Y observando una seña de Renard, prosiguió tranquilamente:

—En efecto, lo espiareis con una vida de penitencia y de arrepentimiento. Empezad pues inmediatamente; pasad la noche rogando al cielo por el descanso del alma de Somerset, é implorad para vos el favor del Altísimo. El mio... lo tendreis mañana.

—Dejo á Vuestra Gracia, porque ya es tarde, añadió Simon Renard: nos veremos mañana... en el cadalso.

—Mas no será por la última vez, murmuró el duque con forzada sonrisa; así lo espero...

—Eso dependerá únicamente de vos; no olvidéis la condicion esencial para que consigais vstra gracia.

Al retirarse dijo el embajador á Gunnor Braose:

—Le tenemos ya tan seguro, que no puede escapársenos. Morirá después de reconocer á



El río.

María y dejando un testimonio de su crimen de regicida, que deshonrará para siempre á toda su descendencia. Ahora adios, porque tengo que dar ciertas instrucciones á Mauger, verdugo de la Torre.

Encontró á este sentado delante de una piedra de afilar y con un hacha en la mano, en la que se fijaban sus ojos de ave de rapiña, al paso que con un dedo de la mano izquierda examinaba el filo del cortante instrumento.

Su deprimido cráneo estaba enteramente calvo; pero salían de sus sienes espesos cabellos herizados y rojos, que

Northumberland de su encierro: al pié del cadalso se le acercó Simon Renard y le dijo:

—¿Cómo os encontráis de ánimo, duque?

—Bastante bien, respondió este; pero me encontraré mejor dentro de breves instantes, si no me habeis engañado... ó si no os han engañado á vos mismo.

—Respondo de cuanto os he dicho, con tal que por vuestra parte cumplais la promesa que habeis hecho, y que en vez de volveros atrás de vuestra declaracion escrita, reconocais en alta voz la legitimidad de la reina María.

Llegado al tablado fatal, el duque de Northumberland se dirigió á la multitud en estos términos:

—Vengo aquí para morir, como todos sabeis: confieso que soy un gran pecador y que mi vida se compone de un tegido de iniquidades. Mi principal crimen consiste en haber desconocido los derechos que asistian á nuestra graciosa reina Maria, como princesa heredera del trono por la muerte del rey Eduardo VI. No he sido á la verdad el único culpable; pero á nadie quiero acusar en estos momentos. Baste saber que he hecho ceñir con la corona las sienes de mi nuera Juana Grey, constituyéndome así en reo de lesa majestad. Pero la razon ha recobrado sus derechos en mi ofuscada mente, y en este instante supremo reconozco por mi legítima soberana y reina de Inglaterra á la escelsa Maria, hija de Enrique VIII, de gloriosa memoria.

El duque acabó su discurso implorando para la salvacion de su alma las oraciones de sus conciudadanos. Volviéndose después hácia Simon Renard, que estaba junto al tajo con los brazos cruzados sobre el pecho, le dijo con un acento desesperado:

—¡Ah! Mi perdón no llega.

—Pronto llegará, pero es preciso que os coloquais, como si realmente fuerais á morir. Así lo ha dispuesto la reina.

Iba á obedecer, cuando vió ondear en la primera fila de la multitud un lienzo blanco y se estremeció creyendo que era la seña de su perdón; pero no tardó en reconocer el pañuelo ensangrentado que agitaba Gunnor Braose.

Se irrodilló convulsivamente, después de dirigir á Renard una angustiosa mirada, y puso la cabeza en el tajo...

Al punto cayó el hacha sobre ella y la separó del cuerpo.

El verdugo la cogió en seguida por los cabellos y dijo enseñándola al pueblo:

—Esta es la cabeza de un traidor.

Al mismo tiempo resonaron grandes gritos al pié del cadalso.

—La pobre vieja se muere, exclamaban... Dios tenga piedad de su alma... Ya ha muerto.

Aquella vieja era Gunnor Braose que acababa de espirar de júbilo por haber visto satisfecha su venganza.

(Continuará.)



El torrente.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra Jacometrezo, 26.